lieron de aquella apretura adonde peleaban los tlaxcaltecas con tanto coraje que muchos llegaron a los brazos con los castellanos y otros a tomar las lanzas a los de a caballo, los cuales yendo delante abrían paso a los infantes; y los indios amigos echándose al agua, resistían. Fernando Cortés volvía de cuando en cuando a los infantes y decía que mirasen que de la conservación de sus personas en aquella tierra dependía el plantar en ella la fe de Jesucristo a que tenían tanta obligación y porque podían esperar grandes bienes allende de que siendo hombres castellanos no se habían de perder de ánimo ni volver pies a tras, como nunca a su nación había acontecido. Al fin con mucho trabajo salieron de aquellas quebradas y arroyos al campo raso, adonde pudiendo correr los caballos y jugar el artillería ponían gran espanto a los indios y mataban muchos, los cuales no lo pudiendo sufrir se fueron retirando en orden a un recuesto adonde se hicieron fuertes. Hubo este día algunos castellanos heridos, pero ninguno muerto y muchos indios murieron allí y otros, después, que salieron heridos. Fue cosa notable el alegría de los castellanos que en altas voces daban gracias a Dios por haberlos librado de tan gran peligro y el regocijo de los indios amigos que abrazando a los castellanos con ellos se alegraban de haber escapado; y el caballero Cempoaltecatl, alabando a Marina, contaba su profecía, la cual afirmó que nunca tuvo miedo confiando que el Dios de los cristianos los favorecía. Tocábanse las trompetas, pífanos y cajas de el ejército y los instrumentos de los indios amigos, que bailando a su modo cantaban en altas voces la victoria, echando de ver los enemigos cómo se celebraba.

CAPÍTULO XXXI. *De un desafío de un indio cempoalteca con otro tlaxcalteca que se llegó a vista de el ejército de la señoría de Tlaxcalla; y de una batalla que presentaron los tlaxcaltecas de más de ciento y cincuenta mil combatientes, y un presente arrogante que hicieron a los nuestros*

STANDO LAS COSAS EN ESTE ESTADO un indio, capitán de cierta parte de el ejército enemigo, haciendo señal de paz bajó adonde Fernando Cortés estaba acompañado de ciertos principales de los suyos; díjole que como la experiencia lo había mostrado vía que él y los suyos eran invencibles y ser dioses inmortales, que le suplicaba que la guerra no pasase adelante, que él trataría con los capitanes de su parte, que le tuviesen por amigo y dejasen entrar en Tlaxcalla. Fernando Cortés alegremente le respondió, que ya les había ofrecido su amistad y que aunque tenía razón no les quería dar mal por mal sino conformarse con el precepto de Dios y que se ofrecía de ser su amigo. Volvió el capitán a los tlaxcaltecas y diéronle tantos palos que le descalabraron bien. Fuese a Fernando Cortés, diciendo que aquellos malos hombres le querían destruir. Mandóle curar y advirtióle que pues se había de llegar a las manos con

la gente de su compañía, se apartase con cierta seña que le dio para que no fuese ofendido. Salían algunos a escaramuzar de los dos campos y se hacían algunas buenas suertes; y entre otros, conociendo un indio de los cuatro cempoalles que Fernando Cortés envió con su mensaje a la señoría de Tlaxcalla, a un capitán que en aquella ciudad le prendió, ató y maltrató, teniéndose por muy ofendido porque los embajadores y mensajeros entre estas naciones, aunque bárbaras, eran de grande estimación (como decimos en otra parte); pidió licencia a Fernando Cortés para desafiarle; y loando su propósito le abrazó y animó y permitió el desafío; y ordenó a un castellano que cuando pelease se fuese con disimulación acercando para que si le viese ir de vencida no le dejase perecer. Comenzóse la batalla a la vista de los dos ejércitos, tirándose con las espadas y reparándose con las rodelas; pero al cabo el cempoalteca mató al tlaxcalteca y le corto la cabeza, festejando la victoria los indios amigos con grandísima vocería y ruido y con sus caracoles y bocinas, de las cuales llevaban infinitas; y los castellanos, por el alegría que conocieron en Cortés que tuvo la victoria por dichosa señal de sus empresas, la celebraron también con sus trompetas y cajas. Había entre los dos ejércitos un paso muy estrecho y peligroso que los de Tlaxcalla defendían, por donde los castellanos necesariamente habían de pasar. Ofrecióse Diego de Ordás a ganarle con sesenta castellanos; cerró valerosamente con los enemigos, con los cuales iba peleando y ganando tierra, aunque llovían flechas sobre él y sobre todos. Al fin ganó el paso y los caballos pasaron luego de diestro. Fue éste un hecho muy señalado y en que mostró Diego de Ordás grande ánimo y valentía, porque los indios eran infinitos y la lluvia de las flechas tan espesa que fue necesario su gran ánimo para emprehenderla con los sesenta hombres escogidos que llevó, cuya industria fue admirable, porque muy cerrados unos con otros, levantadas las rodelas, escudándose con ellas igualmente, puestas sin perder su orden, iban peleando y mejorándose, hasta que tuvieron victoria.

Los tlaxcaltecas, visto que aquel paso barrancoso que tenían por aparejado para ser defendido era perdido y que allí no tenían más que hacer, mostrando que de el todo desamparaban la campaña, desaparecieron; y los castellanos muy alegres por adelantarse fueron a asentar su campo en un chico pueblo que estaba en un alto allí cerca adonde había un templo con una torrecilla que después, con mucha razón, se llamó de Victoria. Hicieron con gran diligencia barracas de rama y paja, en que con alegría trabajaban los indios amigos, porque con mucha destreza Fernando Cortés los tenía contentos y ellos acudían a servir en todo (por esto y por no dar en manos de sus enemigos) con buena voluntad. Estúvose toda la noche, que fue la primera de septiembre, con gran cuidado; y en el cuarto del alba, que era cuando más temían, estuvo de guarda Fernando Cortés con la tercera parte de el ejército; pero no hubo enemigos porque no usaban pelear de noche. Otro día parecio a Fernando Cortés enviar mensajeros a rogar a los tlaxcaltecas que libremente le dejasen ir su camino, pues ni quería hacerles mal ni iba a confederarse, contra ellos, con el rey de Mexico, sino

hacer lo que el rey de Castilla, su señor, le había mandado; y entre tanto dejando a Pedro de Alvarado con la mitad de el ejército, salió a la campaña con la otra parte y los caballos. Quemó a cuatro o cinco lugares, volvió con cuatrocientas personas sin recibir daño, aunque le fueron cargando los enemigos hasta el cuartel, y halló que los capitanes tlaxcaltecas habían respondido que otro día irían a verle y responderle. Por esta respuesta tan determinada, y haber sabido que se habían juntado ciento y cincuenta mil hombres, entendió Fernando Cortés en ordenar de tal manera su ejército que no le hallasen desapercibido.

De los presos que eran hombres de más razón, parte por halagos y parte con tormentos, quiso Fernando Cortés saber si aquel gran ejército era de otomíes o de tlaxcaltecas o de los unos y de los otros y preguntó: ¿por qué causa estaban tan porfiados en no darle paso por sus tierras? y ¿qué gente de guerra podrían poner en la campaña, haciendo todo el esfuerzo posible? Quiso también entender los ardides y formas de pelear que tenían en todos tiempos y de qué cosa los castellanos recibirían mayor daño, espanto y temor y todo lo demás que le parecía que le convenía saber para encaminar bien las cosas de la guerra. Respondiéronle, que pues ya eran sus prisioneros y de él recibían tan buen tratamiento le dirían verdad. Afirmaron que la gente del ejército era otomíe y tlaxcalteca, toda sujeta a la señoría de Tlaxcalla, aunque no quería que se supiese que la república hacía la guerra porque se tenían por tan valientes que siendo vencidos no querían que se entendiese que ellos habían hecho la guerra y que le querían tan mal porque se persuadían que iba a ser amigo de su mortal enemigo Motecuhzuma; y que estaban concertados de no parar hasta vencer a los castellanos y sacrificarlos a sus dioses, haciendo después de ellos un solemne banquete que llamaban celestial y que esta guerra se hacía por particular persuasión del capitán Xicotencatl que llevaba el estandarte de la república, que era un águila de oro con las alas extendidas, con muchos esmaltes y argentería y que el día siguiente la vería detrás del ejército porque se había de pelear y porque en tiempo de paz usaban llevarla delante; y que serían todos ciento y cincuenta mil combatientes, los más flecheros, que en quebradas y recuestos eran muy certeros; y que temían mucho de aquellos truenos y de los grandes y corredores venados que llevaban y estaban maravillados de las grandes y mortales heridas que daban sus espadas.

Pareció el gran ejército tlaxcalteca; viose la señal del general y parecía tanta y tan lucida gente que cubría el campo, todos pintados con bixa y xagua y muy empenachados, armados a su uso, con flechas y arcos, hondas y varas, con amientos, que tiraban con tanta fuerza y maña, que pasaban una puerta y era el arma que más temieron los castellanos, lanzas bien largas y espadas de pedernal, con sus rodelas, porras o macanas, cascos, brazaletes y grebas de madera, cubiertas de cuero de venado y dorados, corazas de algodón tan gruesas como el dedo, que llamaban ichcahuipiles, de los cuales se aprovecharon después los castellanos, porque los hallaron provechosos para las flechas y para el mucho trabajo que padecían, que con armas de yerro y acero no pudieran

sufrir; y también se valieron de las rodelas de los indios, porque con el mucho pelear presto perecieron las suyas, y eran muy galanas, hechas de palo y cuero, con pluma, y otras tejidas de caña con algodón y eran las mejores porque no hendían. Iba el campo en muy gentil orden repartido en sus escuadrones, no en hileras ordenadas sino apeñuscados y en cada uno sonaban muchos caracoles, bocinas y atabales que era cosa de ver, porque nunca castellanos vieron tan grande y numeroso campo después que las Indias se descubrieron. Pusiéronse los enemigos muy cerca de los castellanos, una barranca en medio. Gran alegría fue la que mostró Fernando Cortés en verlos, y dio a entender a los suyos que Dios les presentaba aquella ocasión para mayor gloria suya y honra de la nación castellana con que había de espantar no sólo a Motecuhzuma sino a todo aquel orbe. Los tlaxcaltecas muy ufanos con tan gran ejército y poderoso, confiados en el poco número de los castellanos, orgullosos, como acostumbrados a tener victoria de sus enemigos, con mucha confianza y soberbia decían: ¿Quién son éstos tan presuntuosos y tan pocos, que a nuestro pesar piensan entrar en nuestra tierra? Y porque no piensen que los queremos más tomar por hambre que vencerlos con las armas, enviémoslos de comer que vienen hambrientos y cansados para que después del sacrificio los hallemos sabrosos. Enviaron trescientos gallipavos, doscientas cestas de bollos de zentli, que ellos llaman tamales, que pesarían doscientas arrobas de pan, que fue gran socorro para los castellanos, según la necesidad en que se hallaban.

CAPÍTULO XXXII. *De tres batallas que los castellanos tuvieron con los de Tlaxcalla, y otras cosas que con ellos sucedieron*

UANDO PARECIÓ A LOS TLAXCALTECAS que los castellanos habrían comido con grandes fieros, Xicotencatl mandó que dos mil hombres fuesen a los castellanos diciendo: id a tomar aquellos hombres rebosados o vomitados de la mar y si se os defendieren matadlos y mirad que hagáis como valientes, pues sois la flor de nuestro ejército y vais a pelear por los dioses y por la patria. Pasaron los dos mil animosamente la barranca y con mucha osadía llegaron a la torre. Salieron a ellos los de a caballo y siguieron los infantes y al primer encuentro conocieron los tlaxcaltecas cuánto valían las armas castellanas. Retiráronse un poco, pero volvieron con doblada furia y acabaron de desengañarse que no convenía menospreciar tanto aquellos pocos; salváronse los que acertaron con el paso de la barranca, los demás quedaron muertos. Los capitanes del ejército, viendo lo que pasaba, con temeroso alarido envistieron con todas sus fuerzas y con tanto atrevimiento que muchos indios llegaron al cuartel y entraron algunos a pesar de los que lo defendían, y anduvieron a brazos y cuchilladas con los castellanos; y por la multitud de los enemigos fue este día muy peligroso,